

NARRATIVAS GALLO NERO

110

Mi vida con los pájaros

LEN HOWARD

TRADUCCIÓN DE
BLANCA GAGO



Título original:
Living with Birds

Primera edición: mayo 2026

Published by arrangement with
Curtis Brown Group Limited of Cunard House

© 1956 Len Howard

© 2026 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2026 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Ana Molina Hita

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-92-4

Impreso en España

Depósito legal: M-10973-2026

LEN HOWARD

Len Howard (1894-1973) fue una naturalista y música británica conocida, sobre todo, por sus estudios sobre las aves, publicados en *Los pájaros y su individualidad* (1952) y *Mi vida con los pájaros* (1956).

En sus inicios, Howard cursó estudios de música en Londres, dio clases musicales y organizó conciertos para los niños necesitados mientras tocaba como violinista profesional en una orquesta a cargo de Malcolm Sargent. En 1938 compró un terreno a las afueras de Ditchling, Sussex, y construyó la casa luego conocida como Casa de los Pájaros. Allí forjó una íntima e insólita relación con los pájaros silvestres de la zona, a los que alimentaba —dándoles incluso sus raciones de comida durante la guerra— y permitía que volaran y se posaran por toda la casa, al tiempo que ahuyentaba a los depredadores y reparaba los nidos dañados. Su formación musical le procuró una visión única de los diversos matices del canto. Howard murió en la Casa de los Pájaros en 1973.

Mi vida con los pájaros

PREFACIO

Hace catorce años me fui de Londres para empezar a vivir con pájaros silvestres que entraban y salían volando de mi casita de Sussex con total libertad. Puesto que la conducta de los carboneros era tan inteligente y cada individuo presentaba un carácter muy genuino, me interesé por el estudio de esta especie y empecé a registrar su comportamiento con todo detalle. Algunos relatos de sus vidas aparecieron en mi primer libro, *Los pájaros y su individualidad*.¹ Después de escribirlo, descubrí que uno de ellos, una hembra, tenía un notable talento que se esforzaba en cultivar. Dedicué buena parte de los tres años siguientes a observar a Lucero —así es como la llamé— y trabajar con ella para desarrollar sus aptitudes. Los resultados fueron tan asombrosos que decidí embarcarme en esta continuación de las biografías de los pájaros.

La talentosa Lucero era la tercera compañera de un macho llamado Cabeza Pelada, cuya vida hasta junio de 1950 quedó plasmada en *Los pájaros y su individualidad*. Me he permitido repetir unos cuantos incidentes de la época de cría de ese año en el capítulo inicial de este segundo libro porque, de lo contrario, la biografía de la extraordinaria Lucero quedaría incompleta, pero esta vez los he contado desde la perspectiva de la conducta de ella, no de Cabeza Pelada.

Todo el material de este libro resulta de una minuciosa compilación de notas tomadas en el momento de los hechos. No se incluyen términos científicos, puesto que muchos lectores no

¹ Len Howard, *Los pájaros y su individualidad* (1952), traducción de Ernestina de Champourcín, Madrid, Gallo Nero, 2025. (Todas las notas, salvo en caso de que se indique lo contrario, son de la traductora.)

los entenderían. En mi libro anterior señalé que los pájaros estaban dotados de una gran inteligencia e individualidad. También apuntaba que reprimen su comportamiento habitual al menor indicio de temor. Convivir con los pájaros me ha llevado a granjearme su completa confianza, de modo que conmigo pueden revelar el alcance de su inteligencia e individualidad, que aparecen expuestas en esta continuación de sus biografías en toda su magnitud.

LEN HOWARD

CAPÍTULO I

Lucero, una hembra carbonero genial

INTRODUCCIÓN

A lo largo de muchos años, unos cuarenta carboneros, veinte herrerillos, mirlos, tordos y otras especies se han pasado el día revoloteando por mi casa, entrando y saliendo a su antojo, y algunos paros² han llegado a anidar en el interior. La casa, de puertas adentro, está arreglada a su gusto, y mis ritmos vitales se ajustan, más o menos, a los suyos. Los carboneros revolotean a mi alrededor haga lo que haga, por lo que prefiero acometer las tareas que requieren concentración cuando oscurece.

Esta tarde, antes de empezar a escribir sobre sus vidas, me acerqué a la ventana a contemplar el crepúsculo otoñal desvaneciéndose hacia el anochecer mientras se oía el último piar de un mirlo desde su nido, en un árbol cercano a la casa. Un petirrojo, en la tenue luz, revoloteó apresurado hacia el baño de los pájaros, en la linde de su territorio, ladeó la cabeza con picardía hacia su rival, que ya descansaba en un árbol, y luego volvió a adentrarse en su territorio. Se oía un leve tic-tic mientras buscaba un refugio. Ahora todo estaba en calma en el jardín; el chochín dormía en una cáscara de coco colgada del marco de la ventana. Dentro, los carboneros y herrerillos se revolvieron en sus cajas nido cuando corrí las cortinas y encendí la lamparita para leer; como están habituados a ella, enseguida se durmieron, pero el sonido de las teclas los molesta y, si se prolonga mucho,

² El término paro, del latín *parus*, incluye a carboneros y herrerillos, pertenecientes a la misma familia de los páridos.

se inquietan y empiezan a golpear las cajas hasta que dejo de telear. Acabar un libro en tales condiciones es uno de los muchos problemas que supone vivir con pájaros.

Aunque no me tienen ningún miedo, mis pájaros suelen tardar en aparecer en presencia de humanos extraños, pero es curioso que, en ciertas ocasiones en que su presencia inmediata resultaba muy útil, han acudido de inmediato. Durante la guerra, unas tropas canadienses instaladas cerca de aquí vinieron como un enjambre al campo que se extiende desde mi seto trasero e intentaron atravesarlo hasta que los llamé para que se detuvieran. Los hombres se quedaron esperando a que su jefe se me acercara y me dijera de malos modos: «No podemos considerar la propiedad privada. Estamos practicando una ruta hasta el pueblo sin tomar carreteras. Tenemos que atravesar su jardín y sus setos...». Me miró estupefacto y dejó la frase a medias porque los pájaros empezaron a acudir desde los árboles a posarse en mí. «Qué gracia —prosiguió el hombre—. Llevo mucho tiempo en Inglaterra y nunca había visto que los pájaros de los jardines ingleses se comportaran así. He viajado por todo el país y nunca había visto nada parecido.» Cuando le conté un poco acerca de mis pájaros, me miró aún más asombrado: «Ah, ¿entonces no es una costumbre inglesa? ¿Es idea suya vivir con estos pájaros?». Repliqué que más bien era idea de los pájaros vivir conmigo, y que debía protegerlos. «Me gusta verlos así, domesticados —dijo él—. Quizá si venimos a pisotearle el jardín los asustemos. Pobres pajarillos, buscaremos otra ruta.» Antes de desaparecer entre el seto, añadió: «Qué suerte haber visto algo así. Lo contaré cuando vuelva a casa. Me pregunto si me creerán». Al cabo de unos días desapareció de mi puerta el letrero de Casa de los Pájaros. La víspera, al anochecer, había visto a dos

canadienses inclinados sobre él. Tal vez alguno de ellos quería llevarse una prueba del nombre de la casa para cuando tuviera que contar la historia.

La casa está en una carretera principal, a las afueras de un pueblo bastante grande, pero el jardín se halla rodeado de gruesos setos y árboles, y la entrada siempre está cubierta de maleza para pasar desapercibida. Nunca llegué a reemplazar la placa porque acudía mucha gente a ver a los pájaros, y tanta visita los perturbaba. En la Casa de los Pájaros debe reinar la tranquilidad, sobre todo en primavera y verano.

CORTEJO Y COMBATES

A principios de la primavera de 1946, un carbonero hembra de porte muy distinguido y con una estrellita blanca en la coronilla apareció en el jardín. Ella y su compañero eran extraños que habían tomado un territorio del jardín del oeste, contiguo al mío, pero se habían instalado en un nido colgado de un árbol en mi seto occidental. Como mis paros residentes les impedían invadir ese espacio, rara vez los veía. Yo ignoraba que esa carbonero, a la que llamé Lucero, era un ave de extraordinario talento, de modo que la elegí, por desgracia, para llevar a cabo un experimento: mover su caja nido mientras estaba ausente, a fin de comprobar si la reconocía en otro sitio —nunca haría eso a un pájaro que tuviera plena confianza en mí—. Cuando descolgué la caja, ella apareció y se cernió sobre mí, profiriendo unos chillidos tan angustiosos que me apresuré a devolver el nido a su árbol elegido, y la dejé en paz para que empollara sus huevos.

Esa interferencia en su nido hizo que Lucero se guardara muy mucho de intimar conmigo durante los tres años siguientes. Hasta principios del otoño de 1949, cuando se empeñó en buscarse como compañero a un pájaro llamado Cabeza Pelada, no perdió la timidez, quizá porque vio que él sí confiaba del todo en mí. La biografía de este macho, hasta 1950, aparece en mi libro anterior, *Los pájaros y su individualidad*, pero ahora debo repetir algunos breves sucesos de la época de cría de Cabeza Pelada en 1950 para completar la biografía de Lucero.

Lucero demostró una gran determinación de carácter desde el principio. Durante todo el otoño y el invierno, estuvo siguiendo a Cabeza Pelada a todas partes sin cejar en su empeño, entraba en casa detrás de él y lo contemplaba desde una percha cercana mientras este comía de mi mano. Si abandonaba el cuarto nada más terminar, ella ignoraba la nuez que yo le ofrecía y salía tras él, pues en modo alguno quería perderlo de vista. Durante algunas semanas, él no pareció reparar en ella; su compañera de la temporada anterior, llamada Monóculo por una especie de cristal circular que le rodeaba el ojo, aún vivía. Si esta hubiera hecho algún esfuerzo por retenerlo, lo más seguro es que él le hubiera sido fiel, pero Monóculo nunca buscaba su compañía, por lo que, a mediados del invierno, Lucero se ganó a Cabeza Pelada como pareja.

Una vez conseguido, reunió todas sus fuerzas para ayudarlo a reconquistar su antiguo territorio y la caja nido situada junto a la casa, que él había perdido la primavera anterior frente a otro carbonero llamado Tinta, tras unas desesperadas luchas que le habían costado una herida en la pata y la pérdida de las plumas de la cabeza. Cuando estas volvieron a crecerle en verano, recuperó su hermoso aspecto, pero seguía arrastrando una leve cojera.